

Alcalde de Casabermeja,
Alcalde de Antequera,
Ediles de nuestro Ayuntamiento,
Patronas y patronos del Instituto de la Villa,
Casabermejeñas y casabermejeños,
Amigas y amigos.

Es para mí un gran honor recibir el X Premio Villa de Casabermeja en estas Celebraciones Patronales de San Sebastián. Quisiera ante todo expresar mis agradecimientos al Instituto de la Villa por la propuesta, y al Ayuntamiento por su concesión.

¡Y en ambos casos por unanimidad!

Gracias por tanto a las organizaciones políticas que lo han posibilitado, a Izquierda Unida y al Partido Comunista, al Partido Popular y al Partido Socialista Obrero Español.

¡Unanimidad en Casabermeja, es la divisa para su Instituto de la Villa!

Quiero compartir este Premio con el grupo de amigos que hace ahora cincuenta años tomamos la decisión de poner en marcha un proyecto que tenía por misión el rescate de la herencia recibida de nuestros antepasados, de nuestro patrimonio, tanto material como inmaterial. Todo comenzaba el 27 de diciembre de 1966 con una comida campestre en la falda del cerro de nuestro monumento más emblemático, la Torre Zambra y continuará hoy con otra en La Posada.

En el cincuenta aniversario de la alianza de quince muchachos de entre 10 y 12 años, -ruchos entonces y borricos hoy- quiero mencionar a cada uno de sus integrantes. En primer lugar, al ausente, a Pepe el de las Flores, que nos dejó hace unos años. José Sánchez Torremocha era el herrero del grupo, trabajaba en la fragua.

Y ahora, por estricto orden alfabético, la relación de agrupados en torno a nuestro acervo común, siguiendo lo que decía Lope de Vega en uno de los versos de su Égloga a Claudio: *“quien mira lo pasado/lo por venir advierte”*.

Son estos: Juan Alcántara Montiel, el benjamín, que publicara un estudio sobre nuestro patrimonio inmaterial, Cristóbal Avilés Sánchez, Sebastián Fernández López, que hará arqueología en nuestra Universidad de la que será Decano de su Facultad de Filosofía y Letras, Fernando Lanzat Cobos, Esteban Madrona Pino, Mariano Mansilla Navarro, Martín Navarro García, Antonio Ortega Enamorado, José Pinazo Luque, Miguel Rodríguez Ortega, Juan Antonio Rubio Muñoz, Ramón Rubio Muñoz y Juan Sánchez Alcántara, el político del grupo que más poder ha atesorado en Casabermeja.

Y, finalmente, a partir del año 1983, José Bernal Ramos, que contribuye a la apertura a otros patrimonios conduciéndolo a su internacionalización definitiva, con un ambicioso y sistemático plan de viajes culturales por Eurasia, África y América.

Nos interesaban las celebraciones del ciclo anual. La fiesta de verdiales en el solsticio de invierno en el día de los Santos Inocentes. La Resurrección en el equinoccio de primavera. La romería de San Marcos para atar los huevos al diablo en el trigo espigado del Campo de Cámara. Los hornazos, el pan de garbanzo y la ensalada. La gran fiesta del Señor. El fuego y el ritual en la mimbrera la noche de San Juan, en el solsticio de verano. La churripampa y la rueda. Y en el otoño la Ureña, para que nuestros muertos vayan a la gloria.

Pronto pasaríamos de la mera curiosidad por las historias a esculcar en los trojes de las cámaras de nuestras casas para identificar objetos que tenían que ver con actividades domésticas y del campo.

Pero nuestra atención se centró en el mayor depósito de memoria colectiva de nuestro pueblo, el edificio más vetusto y monumental de todos: la Iglesia de Nuestra Señora del Socorro. Supimos ahí del conflicto. La Iglesia ocupaba el lugar de la antigua Mezquita. En ella, en 1550, un grupo de sesenta vecinos venidos de toda la geografía española para arraigar, llevaron a cabo el reparto de tierras de pan y de vino, así como de solares para las viviendas.

Era el edificio de la palabra, del canto en latín y de la música, de los olores, de los encuentros, del ritual y de la teatralización. Todo acontecía y se sancionaba en su interior, desde los ritos iniciáticos a los de tránsitos.

La Parroquia nos acogió en su seno ofreciéndonos un espacio que nos permitió llevar a cabo una actividad colegiada durante años. En nuestras indagaciones por cuartos, criptas y camarines descubrimos una serie de objetos de calidad -columnas, estípites, cuerpos, brazos y manos- chamuscados por nuestra historia reciente que se contraponían al arte venido de Olot. Documentamos así otro conflicto, en este caso entre nosotros mismos.

Del antiguo cementerio del Llanete de Abajo, al nuevo, en torno a la Ermita del Señor San Sebastián. Un urbanismo y una arquitectura que reflejaban la estructura social de nuestro pueblo. Tumbas en tierra para los pobres de solemnidad y, para la mayoría, un modelo de túmulo que reproducía a pequeña escala la bóveda de cañón y la fachada de la Iglesia. El recinto con dos puertas de acceso, la principal, para recibir al común de los mortales y, la segunda, para los excluidos.

Oteando desde la almenara de Zambra pasamos del templo y de los cementerios a prospectar nuestro territorio para descubrir huellas o indicios de actividad humana. Los dólmenes de Chapera, conocidos por nosotros como las tumbas del gigante y de la giganta, el dolmen del Tajillo del Moro y las Piedras de Cabrera, con sus pinturas bermejas gracias a la información recabada por Sebastián Fernández López, la necrópolis visigoda de Chacón, el despoblado medieval de Villadarias, la heredad de Casa de Arias, el Molino de Don Pedro o el Castillo de Cauche que contenía unos epígrafes latinos que nos hablaban de nuestro municipio romano de Aratíspi en el Cortijo de Coche.

En el curso 1972-1973 inicio mis estudios de Filosofía y Letras en el Colegio Universitario de Málaga. El Departamento de Prehistoria lleva a cabo una actuación de urgencia en nuestro pueblo, en la Cueva Bermeja, un lugar de enterramiento de época prehistórica. A sus pies, un río de poca agua aunque suficiente...

En este momento se ponía en marcha un proyecto de obra pública capital para el futuro de nuestro municipio, me refiero al nuevo acceso a Málaga por las Pedrizas. Proyecto este que sería determinante para el establecimiento de una nueva ordenación territorial que terminaría por relegar a la Cuesta de la Reina al ostracismo.

La obra de la carretera me acercó a una problemática hasta ahora desconocida, la colisión de las obras públicas con la preservación de lugares patrimoniales que nosotros habíamos valorizado en el pasado. Los movimientos de tierras le dieron un tajo al promontorio del Cortijo de Coche que contenía una secuencia estratigráfica desde la edad del cobre, época ibérica y el Municipio de los Aratispitanorum, Aratiski. También se arrasaron las Villas romanas de Zurita y de la Cotonilla. Una absurda violencia sin control destruyó un paisaje excepcional y nos arrebató para siempre una parte significativa de nuestra memoria colectiva.

Terminada mi licenciatura con la especialidad en arqueología, en la ya creada Universidad de Málaga, accedí a mi primer empleo como arqueólogo de la Diputación de Málaga dentro del Servicio de Arquitectura, Urbanismo y Ordenación del Territorio en 1980, donde recibo el encargo de elaborar la información arqueológica para los planeamientos urbanísticos de los municipios. Se ponía en marcha así de manera pionera en España la arqueología preventiva y de salvamento, lo que hoy es una práctica consolidada.

Al cabo del tiempo todo el acervo patrimonial identificado y valorado por nosotros fue reconocido por la Junta de Andalucía con la declaración de Bien de Interés Cultural; con la categoría de Monumento, la Iglesia de Nuestra Señora del Socorro y el Cementerio Municipal de San Sebastián y como Zonas Arqueológicas los dólmenes de Chaperá, Las Piedras de Cabrera y el dolmen del Tajillo del Moro así como Aratiski.

En el convencimiento de que, como afirmó Jean Monnet, *nada es posible sin las mujeres y los hombres, nada es duradero sin las instituciones*, le planteamos al entonces alcalde de nuestro pueblo, el lúcido Andrés Lozano Pino, la necesidad de institucionalizar la práctica de la valorización de nuestro patrimonio cultural con la creación del Instituto de la Villa de Casabermeja. Un lugar para ejercer la tutela patrimonial efectiva de nuestra herencia recibida. Un lugar también para el fomento a la creación artística y literaria. Un lugar en definitiva en donde armonizar la convivencia mediante la palabra para lograr acuerdos por consenso y por unanimidad.

Este Premio se lo dedico a la pléyade de profesionales patrimonialistas de Casabermeja, hombres y mujeres, arqueólogos, historiadores del arte, antropólogos, arquitectos... Una mención muy especial a Andrés Fernández Martín que con su empresa de arqueología, ARATISPI, ha contribuido a la reconciliación de nuestro pueblo con la exhumación en Villanueva de Cauche.

Vale la pena volver aunque sólo sea para regresar al pasado. En ese espacio mítico, alimentado de recuerdos, Casabermeja continúa interpelándonos con la elocuencia de un mensaje fosilizado. Como si fuera la conciencia crítica de un futuro aún por descubrir. Es un honor compartir este premio con mis predecesores. Si he contribuido en algo a ser merecedor de ello será por construir un relato de protagonismo colectivo. Hay un hermoso lenguaje oculto en aquellas piedras donde anida una ambición teatral.

Las huellas de la memoria siguen siendo la verdadera piel constructiva de Casabermeja. Hay un elevado grado de protagonismo en el paso del tiempo. Formo parte de un pueblo que un día decidió recuperar su memoria. No se trata tanto de respetar el orden heredado como de visualizar el retrato moral de una colectividad que reclama una luz propia para sobrevivir en los tiempos de Trump. Cuando todo se diluye estamos obligados a mantener la ética de un paisaje cuya conciencia trae consigo la dignidad. La condición humana no cambia, lo que varía es nuestra aptitud para tener un alma.

Este es el territorio de mi infancia. El que me permitió ver y ser de una manera distinta. Su geometría es el testimonio de algo mucho más profundo. Tenemos derecho a tener recuerdos, pero debemos también exigirnos fidelidad a una memoria que no apele sólo a la mecánica del tiempo sino que nos enseñe también a enlazar lo cotidiano con lo universal. La experiencia es el pozo sin fondo de la emoción. Todo está en escena como parte de un artefacto que al iluminarse crea el espejismo en el que podemos reproducir con nitidez las imágenes de nuestro pasado. Somos como nos ven. Formamos parte de una vigorosa corriente que se enfrentó a las grandes interrogantes de Casabermeja.

Ahora que hemos aprendido al fin a vivir debemos extraer de este espacio toda su fuerza primigenia para hacer con ella un monumento a la atemporalidad de cada uno de los instantes realmente dignos de compartir. Feliz aquel que piensa en todo lo que añora. Recojo este premio en nombre de mis ancestros. Sus voces brillan todavía, nos conmueven, se prolongan en nosotros. ¿Cómo medir la emoción? ¿Cómo condensar una visión del mundo que nos transporta lejos de aquí? Instalados en la confortable cercanía sólo una incursión en las arenas de la memoria nos devolverá al presente real de Casabermeja.

Nunca pude negar a este lugar lo que reclamaba para mí. Vuelvo buscando una escritura específica de su luz, esa encrucijada de caminos que recorre como un arco toda mi vida. Entre la declaración retórica y el elogio de lo efímero también tendríamos que dejar constancia de la decepción de vivir con estoicismo el paso del tiempo. En realidad, canto una pérdida, algo que ya no existe, el espejo en el que poder perdernos. Casabermeja sigue siendo un misterio. Una imbricación de mundos en el duro territorio de las palabras. Queremos conocerla más para comprenderla mejor. Vivimos su momento como una metáfora de la vieja niñez perdida.

Pero los recuerdos sólo describen una perspectiva amputada. Casabermeja siempre ha estado abierta a saber algo más. Por eso sobrevive. Por eso vive llena de claves y misterios. Esta hermosa convergencia de contradicciones hay que contemplarla ligada a su vida cotidiana, rural. La armonía de su universo la marca el impacto de sus contemporáneos al hacer imperecedero lo efímero. En eso estamos. ¿Permanecerá su arquitectura en el tiempo? ¿Nos compensará sólo el ejercicio de la nostalgia?

Siempre nos quedarán el Campo de Cámara, la Sierra del Co, las Piedras de Cabrera, el Puerto de los Angelitos, la Torre Zambra, las mimbres, los Verdiales, la churripampa, la rueda, el Cerro de Buenaventura, los dólmenes de Chaperá y del Tajillo, Aratispi, la Iglesia del Socorro, el Cementerio de San Sebastián, el milenario olivo de Arroyo Carnicero. Una canasta con granadas, castañas y bellotas, membrillos, nueces, melones y pan para nuestros muertos. Y una cálida lluvia de peladillas.

Muchas gracias